

visual en las sociedades contemporáneas, aunque parece tan pobre que este discurso primordialmente se realiza en los mundiales de fútbol, en el último *showdown* del nacionalismo frente a la globalización forzada. Una comparación del conflicto actual de imágenes debajo de la playera deportiva con la canónica definición visual del Estado moderno en su inicio, demuestra las ventajas de la pluralidad. Aprovechando el potencial expresivo de la imagen, Abraham Bosse en 1651 diseñó la portada del *Leviathan* de Thomas Hobbes con un cuerpo compuesto de 300 personas dirigidas al monstruo bíblico (Job 41,24) que, según la teoría hobbessiana, controla la Iglesia y el Estado. Esta "playera" de poder se constituye de uniformidad y estandarización, su tejido evoca el terror a la unificación forzada de la sociedad. Por el contrario, los "superhombres" del fútbol mundial en la actualidad sí pretenden fascinar a las masas con su poder corporal, pero no dominarlas con sus mensajes ocultos debajo de sus playeras. ✎

## Las nuevas guerras, las guerras de siempre

Teresa Santiago \*

Como toda práctica humana, la guerra ha sufrido una transformación gradual, pero constante, a lo largo de los últimos siglos. Si aceptamos la idea según la cual, lo que llamamos guerra es un tipo de confrontación cuyas características principales se consolidaron junto con el advenimiento de la modernidad, *i.e.* ligadas a la aparición de los Estados nacionales, debemos reconocer que las guerras emprendidas en el último siglo y, particularmente en las últimas décadas, sólo mantienen algunos rasgos en común con aquel estereotipo. Sin duda hay elementos "novedosos" (siendo los más obvios los adelantos tecnológicos aplicados a la industria armamentista) en las guerras finiseculares que representan un reto teórico para los interesados en describir, problematizar y reflexionar sobre esta actividad humana: filósofos, historiadores, sociólogos, politólogos, etc. Pero, ¿en realidad se trata de *nuevas guerras*?

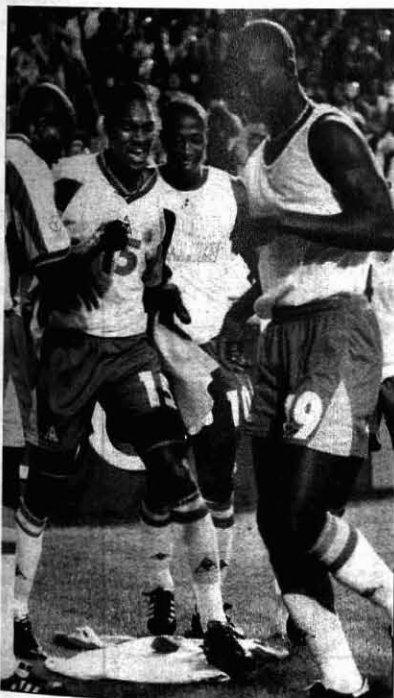
Un intento importante en este sentido lo constituye el libro de Mary Kaldor: *Las nuevas guerras*,<sup>1</sup> del cual me propongo recuperar algunas ideas, por demás sugerentes, y añadir algunos comentarios al respecto.

De acuerdo con Kaldor: "Se puede establecer un contraste entre las nuevas guerras y las de otros tiempos en lo que respecta a sus objetivos, sus métodos de lucha y sus modos de financiación".<sup>2</sup> Así, las nuevas guerras no tienen como objetivos primordiales

materias geopolíticas o ideológicas, sino cuestiones de "política de identidades":

Al decir política de identidades, me refiero a la reivindicación del poder basada en una identidad concreta, sea nacional, de clan, religiosa o lingüística; (y aunque) todas las guerras implican un choque de identidades: británicos contra franceses, comunistas contra demócratas..., la nueva política de identidades consiste en reivindicar el poder basándose en etiquetas; si existen ideas sobre el cambio político o social, suelen estar relacionadas con una representación nostálgica e idealizada del pasado. A diferencia de la política de ideas, que está abierta a todos y, por tanto, tiende a ser integradora, este tipo de política es intrínsecamente excluyente y, por tanto, tiende a la fragmentación.<sup>3</sup>

Así, la política de identidades, al reivindicar una identidad concreta, provoca una fragmentación y, por ende, la exclusión; al contrario del efecto "aglutinador" de las antiguas ideologías, tales como el socialismo, el comunismo, o el liberalismo. Pero no sólo respecto de estas ideologías, sino de la propia idea de "nación" o "nacionalismo". En efecto, como señala Kaldor, una cuestión a ser tomada en cuenta es que, a diferencia de las guerras pasadas, las nuevas guerras no se producen en función de la creación del Estado-nación, sino justamente en sentido contrario, se relacionan con la disolución de éste. Las nuevas guerras han contribuido al desmoronamiento de los Estados porque cada grupo reivindica su derecho a conformar su propio Estado alegando todo tipo de razones: étnicas, religiosas, lingüísticas, culturales, al



Fotos tomadas de La Jornada

\* Profesora-investigadora del Departamento de Filosofía de la UAM-I, autora del libro *Justificar la guerra*, Miguel Ángel Porrúa/UAM, México, Biblioteca de Signos 12, 2001.

tiempo que ponen en evidencia, en muchos casos, la fragilidad de las estructuras políticas de Estados creados con base en una idea romántica de nación y comunidad que no pudo soportar el paso del tiempo.

En segundo lugar, las nuevas guerras han cambiado las formas de combate al incluir como estrategias bélicas las tácticas guerrilleras y contrarrevolucionarias. Además de buscar el dominio territorial, estrategia militar de las guerras convencionales, las nuevas guerras buscan hacerse del control político de la población, recurriendo a todo tipo de métodos, entre los cuales destacan los francamente intimidatorios: "sembrar el terror", se vuelve una táctica indispensable y común: "Ésa es la razón de que en todas estas guerras haya habido un aumento espectacular de número de refugiados y personas desplazadas, y de que la mayor parte de la violencia esté dirigida contra civiles".<sup>4</sup> Las llamadas "leyes de la guerra", dirigidas a normar la conducta en la guerra, reunidas bajo dos principios básicos: el de proporcionalidad entre medios y objetivos militares, y el de discriminación entre combatientes y no combatientes, se han convertido en letra muerta para esta nueva forma de guerrear.

Un tercer elemento de contraste entre las guerras del pasado y las nuevas guerras lo refiere Kaldor a la economía de guerra "globalizada" que caracteriza a estas últimas. "Exactamente contraria" a la economía de guerra de las dos guerras mundiales del siglo pasado –"autónoma, totalizadora y autárquica"–, la nueva economía de guerra está descentralizada y depende en gran medida de recursos externos al Estado, lo que la convierte en un gran mercado en el cual participan capitales de toda procedencia: narcotráfico, venta de petróleo, diamantes, comercio ilegal de armas, etc. "Todas estas fuentes sólo pueden mantenerse a través de la violencia permanente, de modo que



la lógica de la guerra se incorpora a la marcha de la economía".<sup>5</sup> Pero, además, esta nueva economía de guerra "globalizada" funciona por la interdependencia de los conflictos entre sí, esto es, un conflicto sirve para financiar otro conflicto y así indefinidamente.

Todos estos elementos que –a juicio de Kaldor– distinguen a las nuevas guerras de las guerras de antaño, hacen aparecer como obsoletas las antiguas categorías empleadas por los especialistas de distintas disciplinas. La vieja distinción entre guerras civiles y guerras nacionales, muchas veces resulta inoperante para juzgar los conflictos en la medida en que elementos de ambas conviven en una misma confrontación. Y lo mismo sucede con la noción de "ejércitos regulares", pues en la actualidad existen toda clase de agrupaciones militares y paramilitares (partisanos, guerrilleros, mercenarios, ejércitos "privados" financiados por los "señores de la guerra", como ha sucedido en África, etc.) que se enfrentan entre sí y contra los ejércitos "formales". La misma distinción clásica entre guerra y paz ya no puede aplicarse pues existen situaciones que no corresponden a ninguna de estas categorías: es el caso de Irak, en donde los bombardeos aéreos han sido sistemáticos aun y

cuando el ejército americano ya no se mantiene como una fuerza de combate estable; la misma situación subsiste en Israel y en Chiapas.

Sin duda, entonces, contamos con una serie de elementos "nuevos" en las guerras de la actualidad y con ellos emerge la necesidad de reconsiderar y problematizar las viejas categorías. Ahora bien, el punto fundamental no es quizás –y en este sentido va el trabajo de Kaldor– la problemática en la cual se inscribe el nuevo teórico de la guerra, sino, sobre todo, el que los involucrados en ella, esto es, sus actores principales, parecen no haber comprendido la mutación sufrida por los conflictos. Consecuentemente, los mecanismos de resolución de las guerras y conflictos bélicos de todo tipo, resultan inoperantes porque obedecen a un estereotipo ya rebasado en la realidad. Kaldor utiliza como ejemplo de este "desfase" la guerra en la antigua Yugoslavia (entre Serbia y Bosnia), y muestra las razones de la serie de fracasos en la pacificación definitiva de la región.

En la base de estos reveses está la incompreensión del nuevo tipo de confrontación a la cual intentan aplicarse estrategias pacificadoras que no se ajustan a las causas de los conflictos. Por ejemplo, al no considerar la política de identidades como un elemento esencial en la generación del conflicto, no se percibe que la partición territorial no puede ser la solución al enfrentamiento entre bosnios, servios, croatas, montenegrinos y demás etnias, cada una con su gobierno, su religión, su idioma, su cultura, etc. ¿Cuántas veces puede ser seccionado un territorio? La partición no es la solución a los conflictos entre poblaciones aparentemente tan disímiles; por lo menos, no es el camino a la solución, porque refuerza la política de identidades. Para Kaldor, en principio, habría que restituir el recurso a la violencia a una autoridad legítima, no atomizada, y crear las

condiciones que disolviesen gradualmente la fragmentación y la exclusión, a favor de una política integradora en la cual cada grupo pudiese conservar su identidad, pero sin la anulación del otro.

Y lo mismo es aplicable al caso de la sangrienta guerra entre israelíes y palestinos. A estas alturas de la segunda *intifada*, resulta evidente que el mayor factor de fracaso ha sido no concebir, ni siquiera como una remota posibilidad, la posible integración de los dos pueblos. Lo cual no significa crear un solo Estado (¿Palestina? ¿Israel?), sino dos estados integrados porque a eso los obligan sus condiciones materiales —geográficas, económicas—, sociales y culturales. Es obvio que Israel no podrá desaparecer al pueblo palestino y viceversa. La fragmentación territorial de esa región del Medio Oriente sólo ha provocado el surgimiento de verdaderos *ghettos* en donde la parte con mayor fuerza militar ha reducido al más débil, con lo cual crece el odio y el rencor y, por ende, se mina toda posibilidad de entendimiento en el futuro cercano.

Otros ejemplos pueden traerse a colación para ilustrar algunas de las ideas que Kaldor expone en *Las nuevas guerras*. No es mi intención, sin embargo, abundar en ellos. Me interesa, en cambio, añadir algunas observaciones a la idea misma de *nuevas guerras*.

El término “nuevo” (a), en sus usos más frecuentes parece implicar alguna de las siguientes acepciones, o varias de ellas:

- a) la idea de algo distinto o diferente a lo que había antes (*i. e.*, “que se ve u oye por primera vez”);<sup>6</sup>
- b) la idea de reposición o relevo (aunque no necesariamente sea distinto de lo que había antes), y
- c) la idea de algo que sobreviene o *se añade* a algo que había antes.

Así, habrá casos en los cuales “nuevo” lleva implícita la idea de un objeto diferente a lo antes visto o conocido; mientras que en otros no lo está.

En el caso de las “nuevas guerras”, se podría convenir en que el primer sentido es demasiado fuerte.<sup>7</sup> No obstante, las guerras han sufrido cambios importantes en los últimos tiempos, no se trata de “fenómenos” de los cuales no tengamos un conocimiento previo. Por el contrario, tanto se conocen las guerras que es posible identificarlas cuando éstas surgen en cualquier lugar del planeta (cosa que, por lo demás es bastante frecuente) aun y cuando las opiniones varíen, dentro de un amplio rango, acerca de sus causas y características específicas. Parece más acertado elegir alguno de los otros sentidos para la expresión “nuevas guerras”, b o c. El sentido b se ajusta muy bien a los casos en los cuales hablamos de objetos materiales *susceptibles de ser repuestos*: por ejemplo, una casa nueva o un reloj nuevo, los cuales vienen a ocupar el lugar del objeto desechado, mas no se adecua bien al caso de las guerras o de cualquier otro tipo de actividad humana, justo porque no se trata de objetos sustituibles.<sup>8</sup>

El sentido más conveniente para “nuevas guerras” es, entonces, el último, de acuerdo con el cual lo “nuevo” es algo que *sobreviene* o *se añade* a lo

que había antes. De esta manera, las nuevas guerras se entenderían como aquellas en las cuales se han ido agregando elementos a las guerras pasadas aunque, también hay otros de estas últimas que han desaparecido. Con esto no se pretende afirmar una esencia o núcleo duro de “guerra” que se mantiene más allá de los cambios y transformaciones. Lo que llevaría implícito un tipo de esencialismo que no es mi intención defender. La perspectiva adecuada para concebir esta manera de asignar significado a una expresión se acercaría más a lo que Wittgenstein llama “semejanzas de familia”: en el caso que nos ocupa, “nuevas guerras” haría alusión al hecho de que éstas comparten algunos rasgos con las guerras del pasado, a la vez que introducen elementos, o combinaciones de elementos, novedosos.

De esta manera, lo que me interesa resaltar es que aun y cuando los elementos señalados por Kaldor son suficientemente importantes para poder hablar de “nuevas” guerras, hay otros que se mantienen vigentes y otros que se mantuvieron más o menos en estado de latencia y ahora han ganado presencia en las nuevas guerras. Lo que quiero decir es que en éstas son visibles algunos aspectos *incluso anteriores* a la guerra moderna, lo que vendría a confirmar un fenómeno de “reciclaje” que no es privativo de la guerra, sino de toda práctica humana. Me gustaría señalar tan sólo dos aspectos de este fenómeno: la reedición de la guerra imperialista (hegemónica) con base en causas llamadas “justas”, lo que implica un retroceso en la concepción misma del *ius gentium*, y la tribalización de las guerras de exclusión y de exterminio.

La guerra contra el terrorismo emprendida por Estados Unidos y sus aliados, como respuesta a los ataques del 11 de septiembre a territorio estadounidense, contra países tan desiguales en fuerza (Afganistán el primero), es



un buen ejemplo de un tipo de conflagración bélica que combina elementos "nuevos", con otros que se pensaban superados en la etapa post-Vietnam. Se trata de un conflicto en el cual la hegemonía geopolítica de una nación poderosa es el objetivo supremo, para el cual no se escatima en términos de fuerza y recursos. La novedad estriba, al menos, en que no es una guerra entre Estados, sino de una superpotencia contra grupos y organizaciones llamados "terroristas" (el término es lo suficientemente vago como para abarcar una enorme variedad de enemigos) cuyo ámbito de acción no está predeterminado geográficamente. De manera que Estados Unidos puede elegir al enemigo de acuerdo con el grado de "peligrosidad" que representa para sus intereses cualquier nación del planeta (salvo quizás Inglaterra y sus socios más importantes de la Unión Europea).

Sin embargo, el modo de proceder unilateral, esto es, al margen de cualquier reglamentación del *ius gentium* vigente, puede verse como la reedición de las guerras imperialistas del pasado. No es casual, entonces, que se acuda a razones "morales" para justificar una guerra que viola un buen número de acuerdos del derecho internacional. La causa justa esgrimida por el gobierno de Estados Unidos apela a una justicia por encima de la normatividad a la que pretenden ajustarse los demás países del mundo. Estas concepciones absolutas de justicia y libertad, son anteriores a la concepción de un "estado de derecho entre las naciones" de los siglos XVII y XVIII, que representó un paso adelante respecto de las doctrinas del *ius belli*. Ahora bien, no es la política unilateral de Estados Unidos la causa del debilitamiento de las instancias internacionales para normar las relaciones entre las naciones, sino uno de sus más indeseables resultados:

"Hoy, al igual que en todo el siglo XX, hay una total ausencia de alguna autoridad global efectiva que sea capaz de controlar o resolver disputas arma-

das. La globalización ha avanzado en casi todos los aspectos—en lo económico, tecnológico, cultural e incluso lingüístico—, excepto en uno: política y militarmente".<sup>9</sup>

En efecto, esta ausencia de autoridad global efectiva no es algo de reciente ocurrencia, sino el producto de un largo proceso en el cual las guerras del último siglo jugaron un papel fundamental. Y aunque sería una exageración afirmar que la situación actual es la misma que hace más de cuatro siglos cuando en Europa se debatían los fundamentos del *ius gentium*, sí es el momento de pensar cómo restablecer una normatividad internacional a todas luces ineficaz. En este sentido, Kaldor parece apuntar a algo en lo cual coincide con otros autores (y que Kant ya había expresado): ningún orden interestatal puede ser restablecido mientras no se fortalezca la legitimidad de la violencia al interior de los Estados:

Una superpotencia única no puede compensar la ausencia de autoridades globales, sobre todo porque faltan convenciones—relativas al desarme internacional, por ejemplo, o al control armamentista— lo suficientemente fuertes como para que los Estados las acepten voluntariamente y se comprometan con ellas.<sup>10</sup>

Al igual que en el pasado, un imperio poderoso siempre buscará monopolizar el poder político y militar, empero éste no es un logro que pueda mantenerse por mucho tiempo. Y una vez desarticulado el monopolio, el vacío de poder conduce al desorden. En contraste, la distribución del poder en distintos estados (aun y cuando éste no pueda ser "repartido" uniformemente) sienta las bases para instaurar un orden normativo que regule las relaciones entre ellos.

Por último, me gustaría referirme brevemente a la cuestión de la "tribalización" de las guerras de exclusión y de exterminio. Este aspecto es seña-



lado por Kaldor cuando introduce el concepto de "políticas de identidad". Lo novedoso de este aspecto está en el hecho de la *reaparición de la forma más elemental de hacer la guerra* (por ello me permito usar término "tribalización"). Hay algo de esto en la propia definición de "políticas de identidad", cuando Kaldor hace alusión a "representaciones idealizadas o nostálgicas del pasado". Las guerras tribales más cercanas a nosotros son las emprendidas por los pueblos sudsaharianos de África en la década de los sesenta, muchos de los cuales se han prolongado hasta nuestros días. (No es casual que la propia Kaldor, testigo de algunas guerras africanas, encuentre un elemento de *dejá-vu* en la guerra de Bosnia). Pero estas guerras surgieron en África meridional una vez que las poderosas colonias decidieron "retirarse" y "permitir" que los pueblos africanos formasen sus propias estructuras políticas, hasta entonces prácticamente inexistentes. Esas guerras devinieron, por tanto, en luchas encarnizadas (probablemente las guerras más sangrientas de que se tenga noticia) por "hacerse" del poder, esto es, tienen la factura de conflictos originales, en el sentido de que con ellos y por ellos se funda por primera vez un orden social y político.

Las guerras finiseculares en los Balcanes, entre las más importantes, tienen pues estos elementos de tribalización de las guerras africanas. Como bien señala Kaldor, no son las grandes ideologías las que se enarbolan en estos conflictos, sino principalmente cuestiones étnicas y religiosas, es decir, aquello que de manera más directa nos conecta con nuestras raíces. Se trata de re-inventar la historia y volver al origen. A las guerras convencionales se agregan estos elementos "nuevos" que, en realidad, por la forma que adoptan, tanto en su organización, como en los métodos empleados, nos remiten a las formas más elementales de dirimir los conflic-

tos. La lógica de estas guerras (no por imposible, menos implacable) es la siguiente: sólo exterminando al enemigo (*i.e.*, al otro, al diferente) puede partirse de cero para fundar un orden original. Así, las nuevas guerras no son sino las guerras de siempre ¿habrá una nueva forma de buscar y hacer la paz?



- 1 Kaldor, M., *Las nuevas guerras. La violencia organizada en la era global*, Tusquets, Barcelona, 2001.
- 2 *Ibid.*, pág. 21.
- 3 *Ibid.*, págs. 21-22.
- 4 *Ibid.*, pág. 23.
- 5 *Ibid.*, pág. 24.
- 6 Alonso, M., *Enciclopedia del idioma*, Tomo III, Aguilar, México, 1998, pág. 2998.
- 7 En general, este primer sentido resulta ser el menos adecuado porque es difícil aceptar que haya cosas de las cuales podemos decir que se "oyen, ven o conocen por primera vez".
- 8 El caso de las personas (del cual no me ocupo) resulta aún más problemático porque aunque el sentido (b) es el que parece ser el más cercano a ese tipo de casos (tener una nueva esposa o amigo), ciertamente no estaríamos dispuestos (sobre todo los directamente aludidos) a aceptar la idea de "relevo" o "repuesto".
- 9 Hobsbawm, E., "La guerra y la paz en el siglo xx", *La Jornada*, 24 de marzo del 2001.
- 10 *Idem.*